

ALVER METALLI

EPIFANÍAS

Relatos mínimos de vida y de muerte



100XUNO

Alver Metalli

Epifanías

Relatos mínimos de vida y de muerte

Traducción de Inés Giménez Pecci

Fotografías de Marcelo Pascual



Título en idioma original: *Epifanie. Vita e morte a duello*

© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., 2021

© Fotografías del pliego: Marcelo Pascual

© Imagen de cubierta: iStock. Pollyana Ventura

Traducción de Inés Giménez Pecci

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 90

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN EPUB: 978-84-1339-413-8

Depósito Legal: M-26806-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

NOCHE

[Futuro con pandemia](#)
[El pan de cada día](#)
[Tercera guerra mundial](#)
[Vendedora de la suerte](#)
[Juegos de magia](#)
[Listos para morir](#)
[El ángel exterminador](#)
[Guiso caliente](#)
[Flordelisa](#)
[El bayo](#)
[Pesadilla](#)
[Vidas en fila](#)
[Aquí se mezclan hábitos y carismas](#)
[Secretos](#)
[Tiempo de peste, tiempo de radio](#)
[Desprenderse del abrazo de la vida](#)
[Delivery de coca](#)
[Desgarrones](#)
[Críticos pandémicos](#)
[Mortadela](#)
[Posibilidades infinitas](#)
[El incendio](#)
[Palabras desde el barco que se hunde](#)
[La Galopera](#)
[Ese leve soplo que te puede llevar](#)
[Llamados por su nombre](#)
[Periodistas en tiempos de peste](#)
[La Virgen que quema los tapabocas](#)
[El movimiento del péndulo](#)
[Vértigo](#)
[Arbolitos de olivo](#)
[Huevos de verdadero chocolate](#)

[Borrachines](#)
[Advertencias](#)
[El descubrimiento del mar](#)
[Primeros pasos](#)
[El lenguaje de las balas](#)
[Santos de los suburbios para encomendarse](#)
[Advertencia n.2](#)

CLAROSCUROS

[La elegancia del Misterio](#)
[La Virgen rota](#)
[Pelota al centro, se vuelve a empezar](#)
[Pochoclo Bum Bum](#)
[Hormas de queso](#)
[Epílogos](#)
[Villero monástico](#)
[Creatividad](#)
[Formalina](#)
[Monólogo de la nostalgia](#)
[Euforia](#)
[La pequeña profesora de italiano](#)
[Batallas cotidianas](#)
[Como una tela de araña](#)
[Padrinos](#)
[Periodistas en tiempos de peste 2](#)
[La procesión](#)
[La Virgen reciclada o la belleza de los desechos](#)
[Ambientalismo villero:](#)
[«Desde adentro y desde abajo»](#)
[El principio que ordena el mundo](#)
[Vuelven las Vírgenes de las villas](#)
[Nota para la posteridad](#)

ESPIRALES

[Comienzos](#)

*Al sacerdote José María di Paola, más conocido como padre Pepe,
protagonista e inspirador de estas páginas.*

En literatura la epifanía es, según Joyce, una súbita revelación espiritual provocada por un gesto, un objeto, una situación de la vida cotidiana, tal vez banal, pero que inesperadamente trasluce algo más profundo y significativo.

NOCHE

«La lechuza lanza un grito en la oscuridad sin perfumes, la araña despega la tela y se balancea en el vacío. Las piedras que se desprenden del cerro ruedan con estrépito hasta el fondo del valle; la pacífica llanura se puebla de chillidos. Los bosques se abren. Vistos desde lejos, parecen enormes gargantas famélicas contra el horizonte. Luzco una mirada atónita y culpable».

(Anónimo)

FUTURO CON PANDEMIA

Los colores de la fotografía han perdido el brillo que tenían antes de que atacara la pandemia. Se han vuelto amarillentos y opacos, como si una neblina tenaz los hubiera disuelto en un *unicum* sin tiempo. Los píxeles son granulados, señal de que, en algún momento de su historia, han ampliado más allá de sus posibilidades un pequeño original de tamaño estándar.

Hay dos hombres en la foto, sorprendidos en un balcón. Uno de ellos, el más joven, tiene las manos en los bolsillos y una gran sonrisa que ofrece a la cámara con desparpajo; el otro, más maduro, está por decir algo. La palabra no ha llegado todavía a sus labios, pero los puños están entreabiertos, en el esfuerzo, quizás, de acompañarla a través de la garganta. Evidentemente, lo que está por decir es algo cargado de sentimiento, algo que viene de adentro, algo denso y pesado que se abre camino hacia la salida.

Los dos hombres (un hombre-hombre, uno, y un muchacho en realidad el otro) se encuentran en algún lugar suspendido en el vacío. Parece la terraza de un aeropuerto, por la puerta corrediza que hay detrás y la pista de aterrizaje que se puede ver en una esquina. Están por partir y en el bolsillo de la chaqueta del muchacho asoma la tarjeta de embarque. Debe de ser un viaje largo —cuando era posible hacerlo— hacia un destino que requiere un avión para alcanzarlo.

Dos formas, el hombre y el muchacho, capturadas por la cámara fotográfica en un punto indeterminado del espacio, en un instante del tiempo libre de contaminaciones. Un tiempo que ya pasó, cierto.

Cuarenta años se diría, por la ropa que visten y los colores. Tal vez un poco más. ¡Pero cuánto futuro contiene esa única imagen! Un futuro desconocido.

Ese día.

Misterioso.

Ese día.

Cargado de promesas tal vez.

Un impulso hacia el hoy. Que aparentemente ha terminado en un suburbio de la periferia de Buenos Aires, infectado, como todo el mundo, por una peste que mata y todavía no tiene cura.

EL PAN DE CADA DÍA

Todos los días, desde que empezó la cuarentena, se reparte comida en la villa. En los puntos de entrega las filas se alargan como los días de aislamiento y la lista de muertes cotidianas. Trescientas raciones, quinientas, ochocientas, mil quinientas, más de tres mil y no hay señales de que la cuarentena vaya a terminar y comiencen a disminuir las víctimas fatales. Sin duda los hambrientos aumentarán con el paso del tiempo y muy probablemente las filas seguirán formándose en el mismo lugar cuando empiece a ceder la pandemia.

Los circuitos del cartón están cerrados y los cartoneros no pueden salir para juntarlo y venderlo como siempre han hecho. Los recicladores ya no pululan con sus carritos donde las montañas de basura son más prometedoras, como hacían al amanecer hace mucho tiempo. Y los que recogían cobre se han quedado sin su fuente de abastecimiento. También los que vivían de pequeños trabajos como cortar el pasto en el jardín de alguna casa o pintar un portón o una fachada, abandonaron los remos en el barco y esperan sin hacer nada una llamada que no puede llegar.

Los jornaleros de las empresas de mudanzas y los que vaciaban sótanos no reciben ningún pedido. Los vendedores ambulantes que recorrían las calles de la villa dejaron estacionados los remolques de chapas coloridas, los taxistas del barrio con sus autos de alquiler destartalados esperan un cliente que no vendrá, las mujeres que freían papas y amasaban tortillas de maíz en las esquinas apagaron sus hornallas. «El Rey del Chori» ya no cocina chorizos en la Plaza de los

Trabajadores y la vendedora de billetes de lotería camina incansablemente entre las barracas de latas y maderas ofreciendo la suerte a los que no pueden comprarla. Los albañiles, muchos de ellos paraguayos, pasan sus días con las manos cruzadas: los andamios cuelgan como frutos secos de los edificios en construcción y las hormigoneras están apagadas.

La economía informal, como se la suele llamar, está paralizada; el microcircuito de compraventa que mantenía con vida a la población de la villa se ha cortado.

Comer se ha convertido en una angustia cotidiana.

TERCERA GUERRA MUNDIAL

Llamo a mi padre por teléfono a Italia para saber cómo está. Se llama Virgilio, tiene 97 años y ha pasado toda su vida en Riccione. Vendedor primero, representante de comercio después, hoy jubilado. Se acerca el momento del gran viaje sin escalas y esto del coronavirus no le da miedo. Le digo que aquí donde vivo, una villa en la periferia de Buenos Aires, hoy empezó la cuarentena. Está preocupado por mí, imagina que estoy trabajando mucho, ayudando a la gente y por lo tanto corriendo más riesgos que los demás. Me llama «hijo», «hijo mío». Nunca lo había hecho. Después, con la respiración entrecortada, empieza a recordar la Segunda Guerra Mundial, cuando era apenas un muchachito. «Nos escondíamos de los alemanes, hijo mío, para que no nos atraparan y nos llevaran a trabajar a Alemania; pero ahora, de *esto*, no podemos escondernos». *Esto* es la covid-19, una palabra técnica demasiado difícil para su edad —la peste, como la llaman los argentinos de la villa— pero recuerda con claridad que la línea del frente de guerra pasaba muy cerca de su casa, en la zona de Rímini; los aliados libertadores, apoyados por los partisanos, avanzaban empujando desde el sur y los ocupantes alemanes retrocedían hacia el norte cargando en los camiones brazos jóvenes para trabajar en Alemania. Una especie de compensación por la destrucción que estaba sufriendo su propio país.

Él se escondió y pudo escapar.

Eso de asociar el coronavirus con la guerra es su manera de encontrar un punto de comparación, de calcular las dimensiones de este asesino invisible que golpea donde quiere, de esta arpía con la hoz en la mano

que acecha del otro lado de la puerta y vigila a sus presas, lista para atrapar a los que ya vivieron mucho.

VENDEDORA DE LA SUERTE

La vendedora de billetes de lotería tiene el cabello gris y le faltan dientes. No siente miedo de la peste que merodea buscando víctimas para devorar. Recorre las calles de la villa como el viento de invierno que sisea entre las construcciones de ladrillo y chapa. Ella también silba cuando pasa, para que la gente sepa que la suerte se acerca y cambiará la vida del que no la deje escapar.

Tiene los pasos cansados pero seguros, al silbido le falta aliento, pero todavía se lo escucha a dos manzanas de distancia. Es evidente que toda su vida ha vendido la suerte, que probablemente no ha hecho otra cosa desde que vino al mundo.

Sabe dónde pescar a sus clientes, incluso ahora que la cuarentena los ha encerrado en sus casas. Pero no lo suficiente para que resulten inalcanzables. Ella sabe cómo hacer, es una mujer de mucha experiencia y muchos recursos. La vendedora de billetes de lotería los espera cuando salen a comprar. Se instala cerca de algún almacén, deambula por el estacionamiento de algún supermercado. ¡Todos tienen que comer!, piensa. Espera en la esquina de una farmacia. ¡Todos tienen algún achaque!, calcula con inteligencia. Recorre de atrás hacia adelante como una filarmónica, la fila de los que esperan su turno, desgranando la misma letanía de siempre, como vendedora experimentada que sabe colocar su mercancía.

«Hoy es un buen día» susurra con gesto cómplice, «el 17 no sale desde hace tres semanas y caerá en la red».

Mira a sus clientes directo a los ojos. No hay timidez en su mirada.

Sabe lo que necesitan más que ellos mismos. No solo de pan vive el hombre. No solo vacunas necesita el cuerpo. Ella les ofrece la suerte agitando delante de sus ojos un tesoro de números de colores brillantes. La lotería, parece que dijera, no engaña, si saben atraparla cuando pasa. Le toca al que tiene que tocarle, como la peste que va de aquí para allá y nadie sabe dónde se detiene.

Hace tres días llamó a la puerta de Aníbal el zapatero. Todavía estaba vivito y coleando la última vez que lo vio, una semana antes. Habló con él de una cosa y otra, como hace una buena vendedora de billetes de lotería, pero su sangre mitad española y mitad argentina no lo salvó. La peste llegó al taller del zapatero después que ella, y junto con la suerte, le arrancó la vida.

La vendedora de billetes de lotería nunca se desalienta. Ella vende y compra la suerte a su manera. Como si este fuera un tiempo como cualquier otro, cuando tentar la fortuna sigue siendo lo más sensato que uno puede hacer.

JUEGOS DE MAGIA

El sol se pone en la villa. La línea de sombra avanza lentamente, tan lentamente que hay que entrecerrar los ojos dos o tres veces para ver cómo se aproxima. Las montañas de basura desaparecen como por arte de magia, ocultas por un piadoso juego de sombras. Los depósitos de cartón parecen colinas encantadas, las barracas de madera y lata semejan un pesebre navideño.

Es la hora en que más trabaja la peste funesta y los más chiquitos vuelven a su casa para esquivarla, obedeciendo la llamada de los mayores. Cientos de piecitos marcan la tierra de los callejones, el polvo se adhiere a sus plantas descalzas mientras corren veloces como renacuajos en un estanque. La peste, entre tanto, se agazapa entre las sombras que avanzan empuñando la guadaña. Todavía no ha tomado una decisión, pero lo hará pronto.